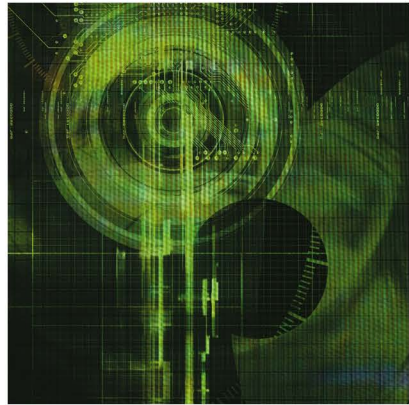


Omar Acha



Freud y el problema
de la historia

prometeo
libros

Freud y el problema de la historia

Omar Acha

Freud y el problema de la historia

prometeo
libros

Acha, Omar

Freud y el problema de la historia / Omar Acha. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-534-9

I. Psicoanálisis. I. Título.

CDD 150.195

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la ayuda recibida por la SeCyT / BID en el marco del Proyecto de Áreas de Vacancia (PAV) n° 181/2003, "TIC y Educación en Argentina. Caminos recorridos y desafíos pendientes" radicado en la Universidad Nacional de General Sarmiento (2005-2006)

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Av. Corrientes 1916 (C1045AAO), Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4952-4486/8923/Fax: (54-11) 4953-1165

e-mail: info@prometeolibros.com

<http://www.prometeolibros.com>

Diseño y diagramación: RYS

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

PRÓLOGO	
CAPÍTULO 1. RAZÓN FREUDIANA Y CONCEPTO DE TIEMPO	
1. La temporalidad de lo inconsciente	
2. Una epistemología conjetural	
3. Los recuerdos encubridores	
4. "Determinismo"	
CAPÍTULO 2. EVOLUCIONISMO	
1. El interés histórico en el Freud anterior al surgimiento del psicoanálisis	
2. Primeras conjeturas históricas	
3. De la ontogénesis a la filogénesis	
3.1. La hipótesis neolamarckiana	
3.2. La confrontación con Jung	
4. Un estudio biográfico	
CAPÍTULO 3. IMAGINAR LA HISTORIA	
1. Fuentes antropológicas de la cultura	
2. El retorno de lo reprimido	
3. Filogénesis y ontogénesis en el historial del Hombre de los Lobos	
4. La temporalidad en la repetición	
CAPÍTULO 4. LA HERENCIA INMATERIAL	
1. Historia y verdad histórica	
2. Dos lamarckismos en un discurso	
CAPÍTULO 5. EL PSICOANÁLISIS, LA HISTORIOGRAFÍA, LA CULTURA	
1. Tensiones de una problemática	
2. La inactualidad historiográfica de la obra freudiana	
BIBLIOGRAFÍA	

Prólogo

El problema de la historia fue un interés constitutivo en la trayectoria inaugural del saber psicoanalítico, porque éste se configuró a través de la elaboración de un singular concepto de tiempo en la experiencia subjetiva. Un libro completo es justificado por las referencias freudianas a la "historia" (Cotti, 2001). El tránsito desde una teoría de la histeria explicada por un trauma sexual infantil a la interpretación de los fantasmas y los recuerdos encubridores como síntomas de etiología erótica significó una revolución en la representación del acontecer subjetivo. La interpretación de los trastornos psíquicos, sobre los cuales el psicoanálisis diseñó su campo específico de intervención, exigió la fundación de una representación novedosa de la biografía, planteando la eficacia retardada de los primeros años de vida en las experiencias posteriores. En el momento concreto en que surgió la problemática de la interpretación, es decir, cuando la dinámica de lo inconsciente fue considerada por Sigmund Freud como una instancia psíquica productora de una "realidad" irreductible a la vida de vigilia, se inauguró también una imagen de la historia. La interpretación fue una narración situada y el pasado, más que un repositorio a inventariar, fue concebido como un opaco mundo a desentrañar en su actualidad.

La historia tuvo un papel aun más importante en la génesis del psicoanálisis, pues en la conmoción del saber que éste implicó, debía dar cuenta del evolucionismo, uno de los más duros núcleos del pensamiento occidental de la segunda mitad del siglo XIX. En una problemática que asumía la exigencia de explicar también el pasado, el autor de *La interpretación de los sueños* sostuvo una conversación de más de medio siglo con el de *El origen de las especies*. Esta es la única proposición sobre la que este libro pretende arrojar luz: que hay en Freud una historia de lo inconsciente que se hace naturaleza, o lo que es lo mismo, que lo inconsciente que coagula como historia "natural". Si esta conexión reversible es justificada, se abrirá un universo para la imaginación psicoanalítica que gira alrededor del enigma de la transmisión cultural de saberes inconscientes. Un imposible para la clínica freudiana que propuso tallarlo como lamarckismo. Un imposible para la historia como objeto de saber profesional, es decir, para la historiografía.¹

¹ Para evitar confusiones, referiré como "historia" al acontecer real y como "historiografía" a la investigación y representación narrativa de la historia. En cambio, el contexto permitirá distinguirse adecuadamente a la biografía como devenir real de un sujeto singular, de la biografía como relato de su recorrido temporal.

No se vea aquí, empero, un desvío del terreno exclusivo del psicoanálisis que sería el de la práctica clínica. Como lo manifestó Freud en diversas oportunidades, el conocimiento de la cultura humana y de su historia, era de rigor en toda formación de analista. En momentos críticos como aquellos de mediados de la década de 1920, cuando surgió la controversia sobre si para el ejercicio del análisis eran indispensables estudios de medicina, subrayó con vigor que junto al imprescindible conocimiento de la teoría y la técnica específicas del psicoanálisis, aquella disciplina científica era menos relevante que los saberes literarios, filológicos, históricos, los cuales brindaban un horizonte cultural donde los intrínquilos de la vida psíquica hallaban su inteligibilidad.

Hay que recordar que en la biografía de Freud los relatos historiográficos poseyeron una importancia crucial. Él estudió por décadas la historia de varias culturas. Fue parte de su formación, de su Bildung. En lo que respecta a los relatos arqueológicos o históricos, no lo hizo de manera sistemática ni constante. Un expediente decisivo en tal búsqueda consistió en articular una narrativa del desarrollo de las instituciones sociales y culturales. Quiso explicar a través del arsenal teórico psicoanalítico el nacimiento de la religión, la contención de los impulsos egoístas, sádicos y sexuales en el ámbito grupal e individual, y la aceptación siempre ambivalente de una autoridad. Esta operación historiográfica fue, bien vista, una genealogía de las instituciones y las creencias que, para Freud, delataba la situación contradictoria evidente en la crisis cultural de su tiempo. Cercada la civilización, asediada sin descanso por las pulsiones sexuales y las mortíferas, la historiografía y el psicoanálisis revelaban la dialéctica peligrosa de la Kultur.

Por otra parte, la historiografía, la "ciencia histórica", ha tenido una vinculación peculiar con el psicoanálisis. La urgencia por justificar su calidad de "ciencia" que ha acosado a la historiografía desde el siglo XIX, condujo a repetidas e interminables discusiones en torno a sus relaciones con las ciencias sociales, presuntamente más rigurosas, o bien con las humanidades, como ciertas filosofías, que parecían ofrecer los protocolos de científicidad que la historiografía, con el solo recurso al trabajo archivístico y un laboreo conceptual elemental, no podía desarrollar. Como disciplina que no posee un objeto propio y exclusivo, esas relaciones con otros campos de conocimiento constituyeron el espacio de una disputa de poder intelectual permanente, donde los títulos de cada saber se determinaban en contraste con otras aspiraciones de conocimiento.

En tales discusiones, sin duda capitales para comprender esa práctica social que es la historiografía, las investigaciones de las relaciones entre el saber histórico y otras disciplinas ha aportado algunos esclarecimientos. Por ejemplo, el debate con la sociología durkheimiana hizo del cambio temporal y de la atención al acontecimiento un reclamo de autonomía que la historia oponía a las pretensiones nomológicas o legaliformes del pensamiento sociológico. Fue menos evidente que la presunción historiadora de la irrepitibilidad de los hechos históricos (es decir, su

falta de estructura) se viera cuestionada. Asimismo, los vínculos con la antropología, la demografía o la economía han sido objeto de entredichos. Esas aproximaciones no fueron ni son ociosas. La investigación orientada hacia las relaciones con resultados positivos, prácticamente observables, sin embargo, conserva cierta opacidad respecto a la siguiente pregunta: ¿Qué dificultades explican el desencuentro entre historia y psicoanálisis? ¿Qué revela eso de ambos saberes? ¿Cuáles son los sentidos de la experiencia del tiempo que pretende referir la historiografía? En efecto, el vínculo exitoso de la historiografía con las citadas disciplinas implica seguir los pasos de una integración que ha llevado a la existencia concreta de las prácticas historiadoras, y posee un sesgo exiguamente problematizador.

Existe una opción radicalmente opuesta: inquirir por el estatuto epistémico de la historiografía a través de una relación de colaboración disciplinaria fracasada. Es probable que el quiebre, el desacuerdo y el desfasaje posibiliten reflexiones más productivas teóricamente que aquellas ligadas a la positividad, a la continuidad de la historiografía y a la reclusión del psicoanálisis a la clínica (un prejuicio profesionalista de la ideología psi).

Durante la centuria que nos separa del inicio de la aventura freudiana, el psicoanálisis jamás logró en el interior del campo historiador una relevancia tal que permitiera una vinculación estrecha con algún sector importante de la historiografía. La llamada Psychohistory que alcanzó algún relieve en la década de 1960 es hoy relegada por la historiografía profesional al arcón del ensayo o de la inconsistencia demostrativa. Y lo curioso es que no puede sostenerse que ese rechazo sea siempre injustificado. Quizás en la pregunta por esta dificultad podamos aprender más sobre el sentido de la historiografía que en la larga senda de los acuerdos con otros saberes.

Para profundizar en las razones de este diálogo trunco propongo investigar las nociones de historia y temporalidad en la obra de Freud, que no sólo pretenden elucidar un tramo de la obra freudiana, sino preparar el terreno para el cruce productivo con la historiografía.

Un momento capital de este recorrido es el de *Tótem y tabú* (1912-1913). Allí se anuda la primera formulación completa de una historiografía psicoanalítica que explique la producción y transmisión intergeneracional del lazo social. ¿Qué es el asesinato del padre primordial por los hermanos, que por la culpabilidad posterior a ese acto instituyen la cultura, sino la representación del "complejo nuclear de la neurosis"? En el "mito" elaborado por Freud se recompone la dialéctica de las pulsiones que originó la cultura cuando para agredir fue arrojado un insulto antes que una piedra. Ese inicio de la cultura es la propia estructura de la inscripción del sujeto en el orden simbólico. Es posible leer el tardío Moisés y la religión monoteísta del mismo modo. La teoría freudiana del origen egipcio del líder hebreo no se limita a enunciar una proposición empírica, sino que representa la emergencia de la ley (y de la identificación) desde una fuente otra, pero que es parte de lo propio.

La correlación entre desarrollo individual y de la especie que está presente en las dos obras recién mencionadas plantea numerosas preguntas relativas a la concepción de la historia en Freud, que se vincula con la cuestión fundamental del progreso cultural. Y es que así como -con contradicciones- podríamos reconocer en Freud trazas de un desarrollo "normal" advenir del individuo maduro hacia la potencialidad de sus fuerzas psíquicas y físicas, es también posible vislumbrar un similar devenir de la especie que estaría marcado por un progreso cultural (económico, científico, ético) hacia un estadio superior y más complejo de la historia. No obstante esa primacía evolucionista se verá explícitamente cuestionada por la noción de pulsión de muerte. Las exigencias clínicas, por otra parte, condujeron a Freud hacia un replanteo del momento narrativo en la situación de transferencia que significó una crisis en el concepto de memoria, retorno de lo reprimido y fantasías originarias, que será estudiado sobre todo a partir del historial del Hombre de los Lobos. Es una tarea a seguir desplegando pensar si esa crisis no es más productiva que la solución esbozada posteriormente por Jacques Lacan al suturar lo esencial del evolucionismo freudiano a través de la teoría de los registros imaginario, simbólico y real. El desarrollo aquí aportado pretende estilizar algunos argumentos para esa reflexión por venir.

En la parte final de este volumen se retorna a la cuestión historiográfica, estipulando las condiciones para una reincidencia psicoanalítica en los debates culturales de nuestra época, atravesada como ninguna otra por la historia, la memoria, lo reprimido y lo traumático. Según mi parecer una investigación de los nudos teóricos irresueltos (y quizás irresolubles) del concepto freudiano de historia puede aportar un punto de vista relevante para la discusión crítica del psicoanálisis. La cuestión de la "historicidad" del saber psicoanalítico sobre la subjetividad constituye uno de sus clivajes cruciales. ¿Se trata de una práctica propia de la modernidad "occidental"? ¿Sus "estructuras" son universales? ¿Son atemporales? ¿Varían contextualmente? Si no hay una "teoría psicoanalítica" (en el sentido de definiciones filosóficas perennes), sino intervención propiciadora de interpretaciones, ¿es el psicoanálisis un historicismo? Es decir: ¿se recrea cada vez en las situaciones particulares? Eso podría derivarse de la práctica freudiana de reinventar las categorías en cada historial clínico. ¿Sus nociones de pulsión, castración e identificación son irreducibles a conceptos? Pienso que estas preguntas son esenciales para la reelaboración del saber psicoanalítico. Son al menos decisivas para cualquier extensión del psicoanálisis, como lo deseó Freud, a la crítica de la cultural. El aporte a ese proyecto vigente es uno de los objetivos conscientes de la investigación que aquí se inicia.

Capítulo 1

Razón freudiana y concepto de tiempo

El presente capítulo tiene una función preparatoria para la exposición entre narrativa y conceptual del resto del libro. Está destinado a un público lector no especializado en la literatura psicoanalítica. Expone algunas nociones imprescindibles para el abordaje crítico de la problemática de la historia en Freud. Por razones obvias, será una breve introducción a la "epistemología" freudiana, selectiva y en cierto modo simplificadora de una escritura cambiante y compleja.

1. La temporalidad de lo inconsciente

Freud nunca aspiró a practicar la epistemología. Las abstracciones filosóficas ejercieron en él una escasa seducción.² Sin embargo, puesto que el psicoanálisis aspiraba a legitimar su pertenencia a la ciencia, debía justificar sus propios criterios de validación (más tarde se verá la relevancia de la autonomía epistemológica del psicoanálisis para sus "aplicaciones" extraclínicas). Una periodización del pensamiento de Freud exige una extrema cautela. Siempre es posible hallar antecedentes de elaboraciones posteriores, una percepción que persiste incluso si descartamos cualquier teleología. En este caso, en el primer decenio de consolidación de la teoría psicoanalítica Freud se amparaba en el ideal de la ciencia positiva que dominaba su época. Su concepción del conocimiento era eminentemente empírica y realista. Presuponía la existencia de una realidad objetiva a cuyo conocimiento estaba dedicado el esfuerzo de las ciencias. Ese tránsito al objeto, su aprehensión por el intelecto, empero, exigía ciertos procedimientos muy específicos y definidos, cuyo modelo estaba dado por las investigaciones de laboratorio que él había realizado en sus primeros pasos como Naturforscher. Las restantes indagaciones no habrían de separarse de esta esperanza. La interpretación de los sueños, una obra evidentemente destinada a inscribirse en una operación interpretativa de símbolos, un tratamiento del lenguaje, no era pensada por Freud en términos diferentes.

² Véase Assoun (1982). Es sabido en que sus años mozos Freud se había entusiasmado con la filosofía, particularmente por su identificación con Franz Brentano

No obstante, es igualmente claro que dentro de esa matriz Freud operó una revolución teórica. La reducción de Freud a la biblioteca positivista (como en Sulloway, 1992) deja de lado lo esencial. Su posición epistémica vacilaba entre dos cuerpos conceptuales del cambio de siglo que la historiografía de la cultura ha descrito exhaustivamente: una cultura científico-positivista y una cultura estético-historicista.

Desde los cuarteles filosóficos neokantianos se intentaba establecer una separación epistemológica entre dos ámbitos de objetos que suponían condiciones científicas diversas (proceso visible en las obras de Rickert, Windelband y Dilthey), por un lado las ciencias de la naturaleza y por otro las ciencias del espíritu o de la cultura. De un lado la explicación por causas, del otro la interpretación de símbolos. En Freud no se trataba de sostener una distinción de este tipo. Los caracteres de los procesos psíquicos no eran menos determinables que los sucesos físicos inanimados. Freud reconocía que se hallaba ante un objeto de conocimiento singular, con cualidades que lo hacían difícilmente asequible a los estándares de demostración habituales para la ciencia positiva predominante en 1900. Sin embargo, creía posible desarrollar nuevos protocolos de conocimiento. Hacia el final de su existencia pudo admitir que el análisis es interminable, y subrayó el carácter finalmente inalcanzable del "objeto" a interpretar. Pero los reparos de Freud nunca conmovieron su concepción de la unidad de la ciencia.

El psicoanálisis se desarrolló a partir de la comprobación clínica de que el sujeto se constituía alrededor de la definición de su deseo respecto a la diferencia sexual. El problema decisivo residía en la conflictividad del deseo con las normas sociales. Puesto que la diferencia sexual es irreducible a las clasificaciones sociales históricamente creadas (por ejemplo, la pareja heterosexual consolidada en una familia nuclear) la ubicación del sujeto en el orden sexual prevaleciente será siempre más o menos dramática. No obstante, las contrariedades de la experiencia erótica no se tramitan sólo de manera consciente. La "defensa" del yo respecto a las mociones pulsionales no provendrán tanto del exterior como de las normas interiorizadas y constitutivas. Por ejemplo, a través de un "principio de realidad" que pone límites al "principio de placer". De acuerdo a la potencia del deseo y la radicalidad de la represión inconsciente se produce la aparición de síntomas, esto es, formaciones de compromiso entre las pulsiones desviadas de su satisfacción y las regulaciones sociales.

¿Cuál era la cualidad específica de lo inconsciente, el objeto del psicoanálisis? Lo inconsciente en Freud es un trasfondo pulsional-representacional cuyos efectos producen en otra escena del acontecer subjetivo. La complejidad de esa instancia de lo inconsciente, incognoscible en tanto que tal, implica una dificultad mayúscula para la investigación. No se trata de que hubiera una energía calculable, ni de que se pudiera reducir su "contenido" a las herencias constitucionales de cada persona. La investigación de las neurosis había mostrado a

Freud que contrastados con el acontecer biográfico, los rasgos heredados carecían de fuerza explicativa propia, o mejor, que sólo adquirían eficacia en una experiencia temporalizada y socializada. Era en la coyuntura de ese drama donde se inscribía la historia psíquica del individuo. La "lógica" de lo inconsciente era accesible por la ocurrencia de los efectos, necesariamente distorsionados por los mecanismos de defensa que el yo, según la primera teoría pulsional para preservar su propia integridad, oponía a los deseos socialmente inaceptables. Los síntomas resultaban de la disputa entre unas pulsiones aspirantes a la satisfacción mediante la motilidad y una represión que no podía sofocar del todo tales mociones. La interpretación de los síntomas, la reconstrucción narrativa del conflicto subyacente, fue el objeto de la "epistemología freudiana".

Una vertiente del saber propuesto por Freud para dar cuenta de lo inconsciente en la vida psíquica fue el "psicoanálisis aplicado" diseñado para proveer hipótesis sobre el carácter histórico y estético de la contrariedad entre deseo sexual y normas sociales. La investigación de las "aplicaciones" de la concepción freudiana del conocimiento concierne plenamente a sus obras psicoanalíticas. No es un desvío o un pasatiempo. Me interesa establecer cuáles eran las convicciones que subyacían en sus intentos de reconstrucción de la historicidad. Por esto entiendo que la investigación de la noción freudiana de biografía y de historiografía exige el estudio del concepto de temporalidad implícito en toda historia (individual o colectiva). En este capítulo me limitaré a indicaciones molares sobre las que volveré más adelante. El retorno de lo reprimido como problema supone una investigación arqueológica que desentrañe los sucesos olvidados (reprimidos) del pasado que se efectivizan en el presente bajo la forma de síntomas.

La particularidad del concepto freudiano de tiempo no reside en un saber sobre el pasado o sobre el presente, sino en su recíproca implicación. Puesto que los síntomas son formaciones de compromiso, la lectura de los mismos es una práctica de interpretación y, como se ha dicho, una hermenéutica de la sospecha. La desconfianza de la transparencia de las formaciones del inconsciente conduce a que la empiria de las informaciones recogidas en la investigación (los dichos de pacientes o los restos textuales de épocas anteriores) deba, por tanto, ser examinada detenidamente para detectar en ella, a través del mismo proceso del ocultamiento lo no dicho, lo negado, lo tachado. Esa operación desocultadora, o más bien excavadora, arqueológica, establece una vinculación hipotética de un suceso traumático que sufrió una represión en algún momento y que luego de un período de latencia regresó como síntoma. Su aparición tiene los rasgos de lo ominoso, es decir, de la emergencia de lo que no debía acontecer o como la resurrección de aquello que se presumía definitivamente muerto. Pero esa presencia inesperada, insospechada, es el acontecimiento que al ser interpretado constituye el relato histórico.

Una pregunta mayor en el psicoanálisis es si la complejidad de la diferencia temporal que es el nudo formativo del síntoma es una ilusión retrospectiva o si

es también una dimensión de toda biografía. La clínica freudiana opera alrededor de la noción de un trauma "originario" que desencadena el padecimiento con posterioridad. Esa eficacia retroactiva, *Nachträglichkeit*, es la noción esencial del concepto psicoanalítico de tiempo. Allí reside también el plexo teórico para un cruce (o una escisión) con el saber historiográfico.

Desde los estudios de Arthur Danto se comprende que lo histórico de la historiografía, es decir, la inscripción de los acontecimientos del pasado como hechos históricos, no se debe al reflejo de una realidad independiente del lenguaje, sino que es la articulación discursiva la que conforma la historicidad, o lo que es lo mismo, el efecto de "historia" (Danto, 1965). Que algo sea realmente histórico está sancionado por la construcción que el proceder historiográfico realiza al incluir un suceso en una trama que conforma una frase. Los sucesos en sí mismos aislados, no son siquiera hechos históricos discretos. Podríamos decir que, bajo una lente no historiográfica, son hechos, pero no serían históricos si no revelaran su pertinencia histórica al ser incluidos en un relato. Un suceso producido en un determinado momento de un tiempo cósmico x puede decirse que es t_1 en el tiempo histórico humano, solamente cuando es predicada una vinculación (cualquiera que sea esta) con otro suceso anterior o posterior que en tanto que tal es únicamente otro hecho, pero que entramado es t_0 o t_2 . La "ciencia de la historia" no suele preguntarse epistemológicamente por esas articulaciones y sobre todo conjura los t_0 , los eventos originarios, que son el enigma que el psicoanálisis sitúa en el mismo movimiento que los subvierte. La historiografía niega las implicaciones teóricas de su concepto de tiempo al resolverlo (o disolverlo) narrativamente.

El lazo discursivo que articula t_1 con cualquiera de los otros dos sucesos de la cadena efectual establecida es ya una emergencia en la historicidad, es decir, es una predicación de que se trata de un "hecho histórico". Aun la más básica de las crónicas, al establecer un orden, instituye una relación del tipo referido. El suelo básico de la temporalidad historiadora es el de la contigüidad.

¿Hallamos en Freud acaso una lógica narrativizante que nos permita pensar una operación instituyente de historicidad bajo la modalidad de una temporalización? En Moisés y la religión monoteísta Freud planteaba una analogía entre la causación de la neurosis y la producción de las grandes etapas de la vida del género humano. En la neurosis hallaba esta secuencia: "Trauma temprano-defensa-latencia-estallido de la neurosis-retorno parcial de lo reprimido". El paso siguiente que demandaba la comprensión de las experiencias colectivas extendía una dinámica similar en el transcurso de las generaciones." (1939a, p. 77). Nos encontramos ante una formulación que imprime a la historia una temporalidad específica, la del retorno de lo reprimido, historizando un suceso anímico/cultural (del individuo y de la especie). La preocupación teórica de Freud no era "aplicar" lo que verificaba en su trabajo clínico a lo social-histórico. La secuencia "individual" sólo era comprensible en el entrecruzamiento conflictivo de las manifestaciones singulares del sujeto y la histo-